

RETRATOS

Autor: Lucía de la Maza Cabrera

Obra escrita con el fondo IBERESCENA de creación dramática 2007.

Personajes

Miguel: hombre joven

Lucía: mujer

Joaquín: hombre mayor

Nota de la autora:

Los actores podrían tener el mismo acento. Lucía podría ser representada por una mujer mayor que los dos hombres.

El signo / indica comienzo de la réplica siguiente.

Dedicada a Eduard y a Gal·la, mis dos corazones.

San Martí de Centelles, noviembre de 2008.

RETRATOS

*Mentira todo lo cierto
gritaba desnudo un sastre.
Violeta Parra*

*...una de las dos Españas
ha de helarte el corazón
Antonio Machado*

(Un sofá, una biblioteca. Plantas secándose. Una mesa pequeña y sillas. Portal. Un hombre mayor frente a la puerta, y en el umbral, un hombre joven. Se darán la mano.)

Miguel: Hola, soy Miguel González.

Joaquín: Don Miguel, pase por favor, lo estaba esperando.

Miguel: Encantado de conocerlo, don Joaquín.

Joaquín: No me llame así, me hace sentir mayor. Déjeme llamarlo a usted Don Miguel. Su nombre me hace recordar al sastre de mi calle. Se llamaba así, Miguel. El sastre del barrio. A mí no me gusta que me llamen "Don". "Don Joaquín", ja. Yo sí que lo llamaré "Don Miguel" a usted.

Miguel: ¿Su barrio? ¿Este barrio?

Joquín: Tuve suerte, que tienen pocos, de poder volver a vivir a la casa donde nací, después de tanto tiempo. Esta casa la construyó mi padre con su padre –mi abuelo- hace ya muchos años. Antes esto era sólo un pedazo de cerro sin agua, un agujero donde habían sacado las piedras para hacer las iglesias. Una cantera a dos pasos de la ciudad... eso es un lujo en un continente tan corroído como éste. Don Miguel, aquí ya no quedan sitios donde picar, este lugar está entero agujereado, saqueado y a veces, abandonado... Esta casa la hizo mi padre con su padre, de noche iban a robar ladrillos y cemento... ellos hicieron así esta casa, así se hacían las cosas, eran otros tiempos...

Miguel: Así que usted nació en esta casa.

Joquín: Yo y mi hermano. Ahí donde está usted parado mi madre se puso de parto y nací yo, de pie.

Miguel: Dicen que los que nacen de pie son muy afortunados, gente especial.

Joquín: No sé yo si soy especial, las circunstancias también hacen al hombre.

(El hombre mayor ve que el hombre joven sigue en el portal, lo hará pasar, le ofrecerá té)

Joquín: Don Miguel, por favor, pase. Siéntese donde pueda. Perdona no tener la casa en mejores condiciones, pero a esta edad, uno vive solo y se relaja, ¿me entiende? Tengo mis horarios, no me gusta cambiarlos por nadie. Como a las 12, a la una de la tarde duermo mi siesta... ¿Quiere té? Puedo preparar té, ¿le gusta el té?

Miguel: Sí, me gusta mucho el té, gracias. Tomaré un té con usted. ¿Sabe usted que hay cuatro tipos de té?

Joquín: ¿Sólo cuatro?

Miguel: Son muchos más, pero hay cuatro principales. El negro, el blanco, el verde... El té verde es muy saludable, si tuviera té verde... Si no le importa...

Joquín: Ja. Mi té recibe otros nombres.

Miguel: ¿Otros nombres?

Joquín: Los clasifico según el sabor.

Miguel: ¿Algo así como amargo, picante, ácido...?

Joaquín: Algo así. Le voy a preparar uno, así aprovecho de mover un poco las piernas.

Miguel: ¿Vive solo? ¿Nadie le ayuda?

Joaquín: Solo como un perro.

Miguel: Está todo tan limpio... me impresiona. De buena manera, digo. Me impresiona mucho.

Joaquín: Me alegro que se deje impresionar por algo tan simple. Hay gente que no se impresiona con nada.

Miguel: ¿Puedo preguntar...? ¿Puedo comenzar a hacerle preguntas? No crea que esto va a ser un interrogatorio policial, no. Quiero que de la conversación salga todo, relajadamente, a veces yo tomaré notas, otras veces sólo escucharé. Si me parece conveniente registraré su voz, y quizás, si consigo una cámara...

Joaquín: ¿Le pone azúcar? Sólo tengo azúcar moreno.

Miguel: Estos libros... Tiene una gran colección.

Joaquín: Le puse dos.

Miguel: ¿Dos qué?

Joaquín: De azúcar. Dos cucharadas.

Miguel: Bien. ¿Puedo mirar? Los libros, me parece interesante.

Joaquín: Don Miguel, no me ha dicho.

Miguel: ¿El qué?

Joaquín: Negro, blanco, verde... ¿Cómo se llama el cuarto tipo de té?

Miguel: Rojo. Los demás sabores son sólo variables sobre ellos.

Joaquín: No lo vuelva a hacer.

Miguel: ¿El qué?

Joaquín: No me de información incompleta. No me haga perder el tiempo. Esta enfermedad que es el tiempo no permite lagunas. Lo poco que queda es para lo que importa, la memoria es como una tela

de araña que debe estar bien ubicada para poder cazar. Debo sacrificar información trivial.

Miguel: Lo siento mucho... no sabía... En realidad no me imaginé que...

Joaquín: Ustedes los jóvenes tienen tiempo para hablar del clima, de contar mujeres embarazadas por la calle, de probar nuevas recetas de cocina, de dejar para mañana una novela o una carta. Podéis pasar meses buscando una foto dentro de un libro, hasta encontrarla.

Miguel: Si desea podemos empezar ya con esta entrevista.

Joaquín: ¿No ha empezado ya?

Miguel: En realidad... no, quisiera tomar algunas notas... Bueno, iré preguntándole cosas. Empiezo. ¿Tiene bellos recuerdos de su niñez?

Joaquín: Usted viene a que le hable de mi vida en ese país.

Miguel: Sí y no. También me interesa lo que pasó en este país. Antes y después.

Joaquín: En este país pasaron cosas que están escritas en cualquiera de estos libros que ve aquí. Los he leído todos. Podrá leerlos usted también, tiene el tiempo.

Miguel: No quiero incomodarlo, pero me interesa especialmente que usted me cuente de su boca las vivencias de esos años.

Joaquín: Su acento... Don Miguel, ¿usted no es de aquí?

Miguel: No, estoy aquí sólo de paso. Como le dije por teléfono, estoy estudiando. Una vez terminada la investigación regreso.

Joaquín: ¿Y eso cuándo será?

Miguel: Espero haber terminado la tesis, haberla entregado y haber sido evaluado en septiembre de este año.

Joaquín: Son muchos "haberese" en tan poco tiempo.

Miguel: Además hago otras cosas. Soy muy organizado.

Joaquín: Me parece bien. ¿También trabaja?

Miguel: Sí, también trabajo, por las tardes doy clases de inglés, pero tengo todas las mañanas libres. Me queda tiempo de sobra.

Joaquín: Tengo setenta y ocho años. ¿Cuánto tiempo cree que me queda a mí?

Miguel: Espero que mucho.

Joaquín: Eso es egoísmo. ¿Qué tipo de vida pretende que lleve con tantos años, Don Miguel? No, no me responda. No quiero incomodarlo. Usted ha venido a sacarme información y yo voy a darle lo que quiere. Mi niñez... una época feliz.

Miguel: ¿Prefiere hablar o yo le voy preguntando?

Joaquín: Déjeme hablar, quiero contarle yo mismo... Siéntese, aunque si prefiere puede escucharme de pie. Está bien, no hay problema. Todos lo piden y yo lo hago. Contar mi historia es lo que me mantiene vivo. Los años pasan y cada vez me cuesta más encontrar las palabras que describan todo lo que he pasado, el vocabulario se me empequeñece, se extingue como el mechero cuando le queda poco gas. Contar mi historia me ayuda. Un día mi memoria se habrá borrado del todo y no sabré ni mi nombre, ni el de mi madre. El de mi padre casi lo he olvidado. Tenía tres amigos, jugábamos a cualquier cosa, las madres nos dejaban a nuestra suerte por fuera de los portales, de vez en cuando nos llamaban desde la ventana a tomar la leche. Pero esas dos horas en que las mujeres mayores escuchaban las novelas y los hombres trabajaban en las fábricas, nosotros, los niños, libres y tristes, hablábamos en ese tono desesperante en que gritan los chicos. Sin duda una época feliz.

(Joaquín se ha quedado en blanco. Miguel no quiere interrumpirlo la taza de té se queda sobre la mesa, enfriándose, olvidada)

Joaquín: No se ha tomado el té, tendré que calentar más agua. Perdone, su nombre, no me lo ha dicho aún.

Miguel: Miguel.

Joaquín: Déjeme llamarlo Don Miguel. Me hace recordar al sastre de mi calle.

(La mujer entra a escena, el hombre joven parece verla pero en realidad no, sólo se la imagina.)

Joaquín: He sentido odio, rabia profunda hacia mucha gente, hacia la vida, hacia mis padres. Tuve suerte, eso es todo, si es que se puede llamar así, una oportunidad, un giro inesperado, si me hubiera quedado, habría muerto en la guerra, como murió mi hermano, él se quedó. A él no lo mataron las bombas, fue el hambre, yo no alcancé a saber lo que era no tener qué comer, muchos niños lo saben, la

mayoría no está para contarle, no hablan de eso, puedes ver en los viejos sus caras y saber si pasó hambre o no. Mi hermano tendría esa cara pero a los once le dio esa infección, esa mala enfermedad que le hizo dejar este mundo, por estar flaco y enfermo, asilo de bacterias de todo tipo, incurable sin los antibióticos. Después los regalaban las farmacias, pero él tosía sangre antes de eso. Al despedirme me dio la mano, como un caballero, me acuerdo bien, tenía las manos frías y yo acalorado como estaba, le dije que por qué no venía conmigo. Me dijo que había espacio para uno, nada más, en el barco. Que había que dar oportunidad a otras familias, que ya nos juntaríamos cuando todo terminara. Ni siquiera tiene tumba, mi hermano, quemaron su cuerpo y su ropa para no contagiar más gente. No sé si mi madre estuvo presente, no sé si mi madre lloró o rió. Mi madre desapareció, mi abuela me contó eso. Yo tenía tres amigos.

Lucía: Eres terrible, me pides que venga a ayudarte, no quieres que te ayude, quieres tener una coartada.

Joaquín: Pedro, Juan y Diego, así se llamaban, les repartí mis pocas posesiones: unos soldaditos de plomo, el naipe español, la peonza. Ellos recibieron en sus manicas esos objetos como tesoros. No supe más de ellos, las casas donde vivían ya no existen, ahora han hecho edificios de varios pisos, viven inmigrantes.

Lucía: El lunes a las 11 tenemos cita con el doctor.

Joaquín: ¿Sabes que hay cuatro tipos de té principales?

Lucía: Te paso a buscar a las 10:30.

Joaquín: No vengas. Iré solo. Aún no soy un inválido.

Lucía: Como quieras. Te llamaré de todas maneras para recordártelo.

Joaquín: No voy a contestar el teléfono. No tengo tiempo. No tengo tiempo para cosas triviales.

Lucía: ¿Tu salud, algo trivial?

Joaquín: Trivial, todo lo tuyo. Frívolo, insustancial.

Lucía: Mi vida, ¿insustancial? Mis deseos ¿frívolos? Mis historias ¿aburridas?

Joaquín: No dije aburridas, dije "Trivial, todo lo tuyo. Frívolo, insustancial".

Lucía: No quiero estar a tu lado cuando estés moribundo.

Joaquín: Lo entiendo, huyes de todo lo trascendente.

Lucía: Dame un ejemplo.

Joaquín: Trascendente, todo esto.

Lucía: ¿Tú?

Joaquín: Trascendentes, mis asuntos.

Lucía: ¿Y qué asuntos trascendentes estás haciendo?

Joaquín: Estoy leyendo.

Lucía: Ja.

Joaquín: Leo y leo. Un viejo con una biblioteca es un viejo feliz. Eso lo dijo alguien... en una entrevista...

Lucía: Lo acabas de inventar.

Joaquín: ¿Lo inventé? Estoy seguro que lo leí... Pero era ese tipo que... Lo he olvidado.

Lucía: ¿Trascendente, esa historia que cuentas a todos?

Joaquín: Lo más trascendente que he hecho en mi vida.

Lucía: Es muy fácil tener memoria selectiva.

Joaquín: Pero de ti me acuerdo muy bien.

Lucía: Tampoco iré a verte al cementerio.

Joaquín: Te adoro cuando estás furiosa conmigo.

Lucía: No estoy furiosa, me eres indiferente, ¿no te das cuenta?

Joaquín: ¿Vendrás mañana?

Lucía: Toco el timbre a las 10:30 y sales.

(La mujer besa al anciano en la frente sin pasión alguna, como un pase para poder huir de esa oscuridad que rodea la habitación. Joaquín la sigue con la mirada. Cuando ella cierra la puerta, Joaquín llora. Una melodía absolutamente triste acompañará el relato de Joaquín. Miguel tomará notas.)

Joaquín: Nos pusieron un cartel colgado del cuello. Una niña un par de años más grande que yo, me tomó del brazo y me hizo subir al barco. Pude haberme quedado para siempre parado junto a la escalinata, llorando con el puño en alto. La guerra acabaría en pocos meses, lo habían prometido.

Miguel: ¿Una niña...?

Joaquín: Sí, una niña.

Miguel: ¿Puede repetir desde "Nos pusieron un cartel colgado al cuello. Una niña...".

Joaquín: Una niña me tomó del brazo y me subió al barco.

Miguel: Creo que dijo algo de que era casi de su misma edad.

Joaquín: A lo mejor dije "Una niña casi de mi misma edad me subió al barco."

Miguel: Creo que fue "Una niña casi de mi misma edad me tomó del brazo y me subió al barco".

Joaquín: Una niña casi de mi misma edad me tomó del brazo y me subió al barco. Sí, pudo haber sido así.

Miguel: Luego dijo algo como que se quedó llorando.

Joaquín: Dije que pude haberme quedado para siempre parado junto a la escalinata, llorando con el puño en alto. La guerra acabaría en pocos meses, lo habían prometido.

Miguel: ¿Quiénes?

Joaquín: Ellos.

Miguel: ¿Quién se lo prometió a usted?

Joaquín: Mi madre. Y no cumplió su promesa. Por eso se fue.

Miguel: A ella se lo prometieron otros. Ellos rompieron su promesa.

Joaquín: Ellos rompieron su promesa, ja. Se lo diré cuando la vea. En la otra vida se lo diré.

Miguel: Entonces cree en eso.

Joaquín: Creo profundamente.

Miguel: ¿Puedo cambiar la música?

Joaquín: No. A mí me gusta.

Miguel: Se lo pido como un favor.

(El hombre mayor se levanta y sale de la habitación, detiene la música. En un momento comenzará a sonar un pasodoble tocado como marcha militar, cada vez más fuerte, el hombre joven por un momento delirará. El hombre mayor se adivina en el umbral de la puerta.)

Miguel: Busque una música apropiada, no demasiado lenta. Necesitamos algo como una marcha militar, quiero imaginarme a las tropas franquistas entrando por la Avenida Diagonal en la ciudad de Barcelona. Quiero visualizar a las mujeres colgando la bandera de España en las ventanas de sus departamentos modernistas. Quiero reproducir en mi cabeza la escena, esos niños haciendo gimnasia y tocando instrumentos. ¿Dónde estarán ahora? ¿Es el señor que vende diarios en el kiosco de la Rambla? ¿Es el que toma el autobús conmigo, el que vive en mi mismo edificio? ¿Dónde están esos niños de Franco?

Joaquín: ¿Y dónde estabas tú? Cuando había que sacrificar la vida o la libertad, cuando había que salir a la calle, a romper vidrios, a tirar piedras contra el dictador... ¿Dónde estabas? Te echaron de menos, tus compañeros de juego, tus vecinos, te fueron a buscar a tu casa y no quisiste salir, con fiebre, dijiste. Con fiebre y sin valor, para decir que no estabas de acuerdo, ¿o era también una mentira? La ignorancia y la cobardía vienen de la mano en tu historia, en tu relato. Contarás a tus nietos esa historia, la que no viviste, la terrible historia de una larga y angosta faja de tierra, de un país masacrado, de un pueblo barrido por el poderoso, donde la sangre sigue corriendo por las alcantarillas, imborrable, como el recuerdo de la ausencia en tu memoria, tu infancia acomodada, tu ingenuidad pactada, la precariedad de tu micromundo privado, de tus tardes viendo el techo de tu habitación, de la alegría de faltar al colegio mientras tus compañeros de juego, tus vecinos te fueron a buscar a tu casa y no te encontraron.

(Escuchamos la canción completa. El disco se acaba. El hombre mayor se ha meado encima)

Joaquín: Necesito que me ayude. Por favor.

(El hombre joven está solo. El hombre mayor parece dormir a su lado.)

Miguel: Se le ve cansado, pero al mismo tiempo ágil. Parece de menos edad, pero calculo que debería estar ya en los noventa. Explica con tal claridad, con tal calma, con tal literatura que parece un guión aprendido. Si está rodeado de tantos libros por qué no lo he visto nunca con uno en las manos. ¿Qué libro está leyendo? Usa libros para apoyar otros libros, para adornar la habitación. Para no tener que inclinarse al regar las plantas. Para dejar cosas sobre el armario. Unos libros azules que parecen una enciclopedia están apilados como escalones. Otros sostienen una tabla que usa de bandeja. Puedo imaginarlo, con su pantalón corto en cubierta, rascándose la cabeza mientras a su alrededor los niños lloran, todos al mismo tiempo, como un gran quejido, un llanto de niños al unísono, puedo verlo a él, un ser inventado, imaginado o real. No estaban, entonces, en su vida, sus libros. ¿Cuál fue el primero? ¿Quién se lo dio?

(El hombre joven está sentado en el sofá. Observa a la mujer, que está de pie, frente a él. Luego se pondrá de pie y finalmente comenzará a desnudarse.)

Lucía: Puedo contar la historia de una chica que contó alguien, no me acuerdo bien, contaba que su abuela había estado en la guerra, que había pasado hambre, que eso se nota en la cara, cuando la gente ha pasado hambre.

Miguel: Háblame de los toros. Los he visto.

Lucía: Si los abres en dos puedes ver que tienen la forma de España.

Miguel: ¿Sólo de España o de Portugal también?

Lucía: De España... puede ser que sea la península.

Miguel: Quedaría mejor que al abrirlos en dos se pudiera ver la forma de España, no de Portugal y España.

Lucía: Sí, quedaría mejor.

Miguel: Es una pena.

Lucía: ¿El qué?

Miguel: Es una pena que no te sepas bien la historia.

Lucía: Sí, la verdad.

Miguel: ¿Qué sabes tú de Rusia?

Lucía: Qué quieres que te diga.

Miguel: Quiero que imagines un grupo de niños españoles enviados por sus padres.

Lucía: No te entiendo.

Miguel: Ponte de pie, cierra los ojos y piensa en un barco de carga lleno de niños. Ahora imagínate a ti misma en medio de ellos. Visualízate vestida con una faldilla y una camiseta blanca. Piensa en el par de zapatos que te han comprado para que vayas a Rusia. Piensa en la esperanza de tus padres, en los cuentos que te contaron sobre ese lugar. Quiero que imagines la llegada de ese barco a Rusia, el recibimiento de los niños rusos, las banderas republicanas en las manos de esos niños. Imagínate en medio de los demás niños, después de meses de viajar, en medio de niños piojosos, llenos de pulgas y flacos, quiero que te veas a ti misma como una niña piojosa, llena de pulgas y flaca, imagina cómo te preguntan el apellido, mientras te metes en la fila y caminas con los demás niños. Levanta el puño, levántalo e imagina... Dime quién eres...

Lucía: Soy Lucía.

Miguel: Quién eres... Dime quién eres...

(La mujer se imagina vestida de niña en los años 30, levanta el puño, entra en un estado nuevo)

Lucía: Soy Lucía, la madre, la hija, la amante. He muerto tantas veces de tantas maneras que me parece extraño oír de mi boca este hilo de voz. No me queda sangre en mi carne, no me queda carne que se pueda roer. Estoy en la fosa común de tu memoria, enredada con otros cuerpos que no son el mío y a la vez son parte de él. Me están buscando, me llaman por las noches. Me lloran aún unos ojos que casi no ven. Me quedé, me fui, estoy y no, en todos los no lugares de este metro cuadrado. Estoy estampada en un muro y una pintada sobre mi pecho dice "revolución". Si miras el fondo de mis ojos, verás que no hay nada, nada de nada, porque lo tengo todo a flor de piel, en esta piel ajada y escamada que es una madera pudriéndose en el fondo de una laguna. De pelo tengo sólo unas hebras, tus dedos aún están ahí peinando lo que la luna y su luz permite ver, mi frente son fragmentos de tu reflejo roto que no verás más. Soy la madre, la hija, la amante. ¿Te acuerdas de mí? En mis rodillas te sentaste y aún tus muslos marcan en los míos el peso de tu cuerpo. Ya no queda ni la ternura que dejamos, ni el calor, sólo la

ausencia, la marca de aquello que no está más. Así en el fondo de mis ojos, el vacío es falta de otra cosa, ésa que te llevaste y que por las dudas dejé yo escapar. La ausencia se transformó en un territorio ocupado, en un envase nada de lleno, te miro ahora pero difícilmente encuentro algo mío, algo que pueda reconocer, también te he olvidado yo a ti. Hay un bar vacío donde sólo llegamos tú y yo, pero a distintas horas, con años de diferencia. Unas veces soy yo la joven, otras, han pasado décadas y te veo salir, decepcionado. Un día nos encontraremos frente a frente y no sabrás quién soy, no me verás siquiera, porque seré transparente, sólo un hilo, una astilla que será mi cuerpo, seco y delgado, rígido y extraño, tampoco entonces me sentirás tuya como en otro tiempo, perdimos la inocencia, querido, nos queda la nada, la nadedad entre nosotros, ni siquiera un poco, sólo una no cosa, una no historia, un no amor, un no afecto, por lo tanto también un no recuerdo. Me duelen los pechos de la leche que no te di, que no te dieron, que no me dieron, brota un agua negrusca de ellos, especialmente del derecho, un hijo sin madre beberá del veneno que mana de estos botones amorfos donde alguna vez pusiste tu mano, y tu boca, y tus besos, y tu odio, y tu no presencia. Soy la madre, la hija, la amante, cualquiera de ellas cabe en esta figura que hago de mi misma, construyendo el puzzle de piezas huachas puestas a la fuerza la una al lado de la otra. Soy Lucía, así me pusiste, así me llamo a mí misma, así te dije que me llamaba, desde el día en que me aparecí en tu vida, a arruinarte la juventud, a endulzarte la vejez, a ocuparme de ti cueste lo que cueste, le pese a quien le pese, a mirarte y no verte, a escucharte y no oírte, a odiarte y amarte sin posibilidad de librarme de ti, aunque tú de mi hace siglos que te olvidaste, que te encendiste, que te alejaste, que te tropezaste, que te liberaste del agobio de mi presencia, de mis palabras huecas. Es verdad que soy ésa, todas y ninguna, la misma, la de siempre, la infaltable, la otra, la más fácil de todas, la que aburre y hace reír. Nada más me define. Soy Lucía, la madre, la hija, la amante.

Miguel: Vale. Ahora sácate la ropa de a poco.

(La mujer parece muerta. Su traje parece una mortaja. Está pálida y triste. Regará las plantas, adivinando la mirada del hombre. Luego responderá a las preguntas con dificultad. También con dificultad se acercará a él y se apartará bruscamente.)

Lucía: Hay que regar las plantas, si no, se mueren. ¿Me oyes?

Joaquín: Sí te oigo.

Lucía: ¿Entonces por qué no lo haces?

Joaquín: Por joder. Para que vengas y las riegues. ¿Me quieres aún?

Lucía: Sí.

Joaquín: ¿Te puedes acercar?

Lucía: Basta. No quiero que me toques.

Joaquín: Ya no me quieres.

Lucía: Me voy a quedar aquí hasta que te duermas. ¿Tienes hambre?

Joaquín: No. ¿No me perdonas? Han pasado ¿cuántos años? Ya no sé medir el tiempo. Igual serían cuarenta como diez, o un minuto. Ha pasado tanto tiempo y no me has perdonado. Me moriré y no me habrás perdonado.

Lucía: Ese joven, el estudiante...

Joaquín: Mañana vendrá. Me gusta que venga. Le diré que se venga a vivir.

Lucía: Háblale de Lucía.

Joaquín: Le hablaré del Hogar. Le contaré historias del Hogar. Eso le encantará. Le diré que hasta que no nos dieron bacalao y lentejas, no comíamos nada. Que nos bañaban juntos a hombres y a mujeres, que cuando anunciaron que se iniciaba la gran guerra, nos pusimos todos a llorar. Que habíamos huido de una y caído...

(El hombre mayor se duerme de golpe, como bajo el efecto de un sedante intravenoso)

Lucía: Que habíamos huido de una y caído en otra, el enemigo ya avanzaba, era pleno invierno, me acuerdo, nos sacaron de la capital para llevarnos a un lugar seguro, no llevábamos abrigo, la comida era insuficiente, el tren tuvo averías, un niño murió. No tuvimos noticias de la familia por meses, ellos tampoco sabían de nosotros, pensé en morir, pensé que ese niño estaba a salvo y yo no, pensé en quitarme la vida, tenía once años...

(El hombre mayor se ve mejor, al parecer ha ido al médico y le han aumentado las vitaminas. El joven ha perdido la actitud desafiante)

Miguel: ¿Y esa mujer, recuerda su nombre?

Joaquín: Tenía olor a manzana verde.

Miguel: ¿Dónde la conoció, exactamente?

Joaquín: De ésas que se quiebran. Al morderlas.

Miguel: ¿Que es lo que me puede decir de ella?

Joaquín: Es un olor que no olvido, es una forma de acordarme de las personas.

Miguel: ¿Pero no hay un color de pelo, algún rasgo?

Joaquín: Puedo reconocer a alguien con sólo oler sus ropas.

Miguel: Usted reconoce olores y sabores y los nombra así. Sin embargo, no recuerda el nombre de esa mujer.

Joaquín: Conocí muchas mujeres, no sé qué quiere decir.

Miguel: Me dijo la vecina de abajo que usted recuerda sólo lo que quiere, que tiene memoria selectiva.

Joaquín: Nunca me he llevado bien con la vecina de abajo. ¿Quiere una taza de té? Hice hace un rato, debe estar caliente.

Miguel: ¿No recuerda o no quiere recordar?

Joaquín: Este té lo cambié a unos turistas por una bomba alemana sin explotar. Siempre vienen a verme. Los turistas.

Miguel: ¿Dónde consiguió una bomba?

Joaquín: Las poníamos en agua fría cuando no estallaban.

Miguel: Como el té, pero en agua fría.

Joaquín: Se siente como recién tostado. ¿Así se dice, "tostado"?

Miguel: Creo que el té se seca al sol, no se tuesta. Pero esa bomba, no me creo que usted recogiera bombas sin estallar y las cambiara por té.

Joaquín: Tiene razón. El café es tostado. El té es secado. Estas tazas eran de la boda de mi abuela. Mi abuela era muy culta, pero pobre. Les daba lo mismo a los que repartían sopa.

Miguel: Por favor, quisiera que me dijera algo más sobre aquello de las bombas...

Joaquín: Mi abuela adoraba beber té, como a los ingleses. No tenía para comer pero bebía su té...

Miguel: El té no es lujo de pobres.

Joaquín: ¿Qué sabe usted de pobreza?

Miguel: Podría saberlo, para usted soy un desconocido, uno más de los que vienen aquí. Pude haber nacido pobre, pude ser un niño rico. Lo que interesa es que estoy aquí. No intente incomodarme, soy un estudiante, no estoy a la defensiva, y he dejado mi actitud desafiante. No me haré rico o famoso al terminar esta investigación. Podría hacer un esfuerzo. No lo quiero atacar. No me quiero aprovechar de usted. Sólo me interesa su historia. Si de estas entrevistas, logramos una amistad, es decir bastante. Ya sé que no puedo hacerle perder el tiempo.

Joaquín: Tiempo a usted le sobra, dijo.

Miguel: Y usted lo ha tenido. Yo quizás muera mañana. Usted lo tuvo por casi 90 años.

Joaquín: Cuando vienen, siempre esperan que diga una frase o que cuente una anécdota.

Miguel: Su hermano no tuvo tiempo.

Joaquín: Después dirán "estuve en casa de fulanito de tal, y me dijo tal o cual cosa".

Miguel: Ni su madre.

Joaquín: Estrujan a un viejo loco para jactarse con los amigos.

Miguel: Usted no está loco como dicen.

Joaquín: ¿Eso también lo dijo la vieja de mierda de abajo? Perdón, nunca digo malas palabras.

Miguel: Usted está más lúcido de lo que dice la gente.

Joaquín: ¿Qué saben ellos? Pude haber inventado todo.

Miguel: Todos perdemos la memoria. La cordura es otra cosa.

Joaquín: ¿Y qué historia va a contar usted de mí?

Miguel: La que usted me cuente.

Joaquín: Quiero que se vaya y no vuelva. Me harté de usted y sus aparatos. Quiero volver a mis libros. Ellos no se aprovechan de mí. Ellos son mejor compañía. Debo releer por última vez las grandes obras de la literatura universal.

(Esta frase le suena a ambos como leída en el lomo de alguno de esos libros que envuelven todo)

Miguel: ¿Vienen muchos a verlo?

Joaquín: Uno que otro se deja caer.

Miguel: Este año, ¿han venido?

Joaquín: No sé.

Miguel: Pero el último, ¿lo recuerda?

Joaquín: El del té, supongo.

Miguel: Y siempre son extranjeros.

Joaquín: Chinos sobre todo. Les interesan las historias de republicanos.

Miguel: ¿Y qué hacen cuando vienen?

Joaquín: Tocan la puerta, sacan fotos, me miran mucho, toman notas. Lo mismo que usted, Don Miguel.

Miguel: Y usted les cuenta cosas.

Joaquín: Y yo les cuento cosas.

Miguel: Y sonrían satisfechos, los chinos.

Joaquín: Sonrían satisfechos.

Miguel: Los chinos.

Joaquín: Los chinos.

Miguel: ¿Sabe usted que existen cuatro tipos de té principales? El blanco, el negro, el verde...

(El hombre joven toma notas sentado en la mesa. El hombre mayor se pasea de un lado a otro, como quien dicta a un secretario)

Joaquín: Cuando se duche debe vigilar, que son cañerías viejas y suena muy fuerte cuando das el agua caliente. La vecina se queja.

Miguel: La vecina de abajo se queja.

Joaquín: Y golpea el suelo con un bastón. No debe ducharse en la noche o a la hora de la siesta.

Miguel: De acuerdo.

Joaquín: Ojo también con los aparatos eléctricos. Los cables son viejos y se queman con facilidad. No debe sobrecargarlos. Prohibidas las estufas eléctricas, calentadores de agua y planchas.

Miguel: Sólo tengo mi ordenador, ocasionalmente usaré la máquina de afeitar.

Joaquín: Una vez a la semana hay mercado, deberá traer todo lo que necesitemos. Y la compra del súper dos veces a la semana. A veces me acompañará al hospital. Y debe aprender a inyectarme en caso de que necesite, he despedido a la enfermera.

Miguel: No sabía que tuviera una.

Joaquín: La he despedido esta mañana. Ella me inyectaba y me hacía todo lo que hará usted. Me inyectaba si era necesario.

Miguel: ¿Insulina?

Joaquín: Sedantes, sólo sedantes, cuando lo necesite.

Miguel: Pero... ¿Es algo periódico u ocasional?

Joaquín: Cuando los necesite lo sabrá.

Miguel: No sé, la verdad no sé si pueda... Me impresiona mucho todo el tema médico, inyecciones, heridas...

Joaquín: Lo sabrá hacer, eso se lo aseguro. A mí me enseñaron pero no tiene ninguna ciencia. Las enfermeras españolas nos enseñaron primeros auxilios, al estilo soviético. Podría revivirle si le da un ataque frente a mí. He resucitado varios muertos y pocos me han dado las gracias.

Miguel: Hábleme de las enfermeras españolas.

Joaquín: No sólo enfermeras, los profesores también eran españoles, los mandaron a buscar para que no perdiéramos el idioma. Y las cocineras, y las que hacían la limpieza. Hasta el profesor de ruso era español. Así no extrañaríamos nuestro país. Pero al principio fue así, luego, cuando ya sabíamos el idioma dejaron de venir. Es por eso que no tenemos acento, porque hablábamos en nuestra lengua. Los niños catalanes hablaban en catalán, los vascos en su idioma, los gallegos en el suyo, los asturianos también. Pero entre ellos, pues entre todos sólo el castellano. Pero el de los años treinta, cuando volvimos, usábamos palabras olvidadas.

Miguel: ¿Recuerda alguna de ellas? ¿Enfermera, profesora, cocinera, mujer de la limpieza?

Joaquín: De once de la noche a seis de la mañana la puerta estará cerrada con llave. Si no ha llegado, deberá buscar donde quedarse. Tengo el sueño muy liviano.

Miguel: ¿Alguna se llamaba Lucía?

Joaquín: Estará cerrada con llave. Y mejor me avisa para no quedarme preocupado pensando en usted.

Miguel: Lucía... Lucía...

Joaquín: Y le prohíbo que cambie nada de lugar. Los libros, los muebles, las plantas, se quedan donde están.

Miguel: Una mujer llamada Lucía fue encontrada hace un año muerta en su departamento. Ella estuvo allí con usted, ¿era enfermera, profesora, cocinera, mujer de la limpieza? ¿O era, Lucía, otra niña de Rusia?

Joaquín: Lucía... es un nombre hermoso. Me hubiera gustado ponerle ese nombre a una hija.

(La mujer se ha dormido suavemente, en los brazos del hombre mayor. Este la acaricia como a una hija. El hombre joven emite de su boca las palabras que emitió en un pasado el hombre mayor, desde lejos, sin interpretarlas físicamente)

Miguel: Eres Lucía, ¿verdad? Te conozco hace más de tres años, y ahora recién te veo. No tengas miedo, esta guerra no es nuestra. ¿No odias esa palabra? Todos hablan de la guerra. Es difícil pronunciarla sin llenarse de sangre el pensamiento. Y sin embargo todos la usan. Guerra, guerra. Guerra, guerra, guerra, guerra. Nunca debió nacer, nunca prosperar, nunca pronunciarse. Te conozco hace tanto tiempo, hemos vivido juntos todos estos años y recién te nombro. Lucía. Es

un nombre muy bello, es como una flor de jazmín. Muy español, como tu pelo, mujer morena. Este techo no lo atraviesa ni las balas, ni el frío, no sabrás bajo él de tristezas y de soledad. Desde ahora tu vida será reír, reír sin parar, la felicidad está en nuestras manos, si estamos juntos. Tendremos una hija, le pondremos tu nombre, porque será igual a ti, tendrá tus ojos, tu intención feliz, tu olor de piel andaluza. Cae la nieve, ¿ves? En otro tiempo nos habríamos alegrado, bajo los guantes, tomado las manos. Hoy esta nieve sólo es un momento de paz, en que el frío no alentará a nadie a lanzarse sobre otro, a derramar el hilo rojo de sangre sobre su limpieza blanca. Me puedes abrazar, este cuerpo es más tuyo que mío. Mi piel, prolongación de la tuya, está hecha para cubrirte. Estas manos que conocen tus rincones, tus esquinas, tus vértices y tus contornos, son también tuyas, como mis ojos que mirarán para ti lo que no puedas ver. Esta guerra no es nuestra, hermosa. Tú no te preocupes que aquí no seremos nosotros los perdedores.

(La mujer despierta suavemente de su sueño, y con el hombre mayor tiene un largo momento de cercanía amorosa que se complementa con el sonido de un chelo. Besos, caricias, el hombre y la mujer se medio desnudan el uno al otro. Ella sale de la habitación, el hombre mayor la sigue con la vista, y percibe que el hombre joven le mira. Se vestirá dentro de sus posibilidades físicas. Luego se sentará a narrar su historia. El hombre joven intentará ir a buscar su grabadora pero el relato del hombre mayor no le permitirá hacerlo)

Joaquín: Le dije que no llegara tarde sin avisar.

Miguel: Lo siento, no sabía qué hora era.

Joaquín: Sabe muy pocas cosas. Lleva varios meses aquí y no se entera de nada. No conoce los pueblos, no sabe de escritores, ni de pintores, no lee poesía, ni los diarios siquiera. Cree que por el tiempo que lleva es uno de nosotros, pero no se entera de nada. Pues ahora se va a enterar. Volvimos a España. Casi todos volvimos a España...

Miguel: Si me permite un momento, traeré la grabadora.

Joaquín: Ahí estaba mi abuela, de negro, como todas las madres y abuelas que fueron a recibirnos. Su hermoso pelo negro era ahora una corta peluca blanca. Ella tampoco me reconoció. Vestíamos como hombres. ¡Éramos hombres hace muchos años! Las mujeres llevaban falda y tacones. La abuela me recibió con un bocadillo de chorizo. Lo comí llorando. No había olvidado el sabor del bendito chorizo.

(La mujer se ve más joven, sonrío, no lo había hecho antes. Está sentada sobre el hombre joven. Luego hará todo lo que él le pida)

Lucía: ¿Y cómo es?

Miguel: En tres horas en el mar o en la montaña.

Lucía: ¿En tan poco tiempo?

Miguel: Sí.

Lucía: ¿Por qué viniste? ¿Qué hay aquí que no encuentras allí?

Miguel: Europa es el comienzo de todo.

Lucía: Europa está vieja y olvida que está regada de sangre.

Miguel: Suéltate el pelo.

Lucía: ¿Así?

Miguel: Mueve la cabeza como si te abofetearan.

Lucía: ¿Así?

Miguel: ¿Te gusta que te graben?

Lucía: Sí. Creo que sí.

Miguel: Mira.

Lucía: ¿Y eso?

Miguel: Una grabadora.

(Ella la coge con seguridad y se graba, absolutamente descuidada. Podría haber borrado información importante. No le preocupa esta vez)

Lucía: Europa está vieja y olvida que está regada de sangre.

(El hombre joven juega con su grabadora. Escucha palabras, sonidos. Retrocede, avanza. A veces graba.)

Miguel: He venido a vivir a su casa, alquilo una habitación muy pequeña donde tengo un catre y una mesa pequeña con su silla. Le hago la compra, le preparo la comida, que él calienta cuando no estoy. Me ha pedido que le inyecte sus remedios cuando haga falta. Le observo, reviso sus papeles mientras duerme, y no hay nada. No he encontrado ninguna prueba de que su relato sea verdadero. Habla detalladamente de Rusia, de sus experiencias, las cuales narra al

detalle, pero en asuntos cotidianos es torpe y repetitivo. Sus historias no se contradicen la una de la otra. Quinientos niños a Rusia, doscientos a México... Pero cada palabra al lado de la otra parece un camino que conduce a un barranco.

Se escucha la grabadora

Joaquín: Un país muy lindo, una gente muy linda. Lindas las mujeres, así, bonitas. Linda la comida, de tantos colores. Linda la música, con hartos acordes. Linda la vida.

(Miguel retrocede)

Joaquín: Puedo contarte lo que recuerdo, que es como una nube de polvo, no se distingue bien los contornos, no sé si eso es lo que pasó realmente, no sé si lo soñé, no sé si lo leí. Si buscas entre estos libros quizás encuentres mi historia, contado por otro. Quizás lo invento ahora mismo, no puedo distinguir la diferencia. Si te lo cuento mañana será muy diferente. ¿No vas a tomar nota?

(Miguel avanza. Se escuchan gritos y gruñidos y algunas palabras inventadas sueltas, parecen ser de Joaquín, Miguel detiene y retrocede)

Miguel:... la gente tiene miedo. Por eso todos pagan pasaje en el metro. Son demasiados años, de dictadura.

Lucía: Es increíble que simplifiques las...

Miguel: No estoy simplificando nada, tú no sabes.

(Miguel retrocede hasta el principio y escucha atentamente)

Joaquín: Déjeme hablar, quiero contarle yo mismo... Siéntese, aunque si prefiere puede escucharme de pie. Está bien, no hay problema. Todos lo piden y yo lo hago. Contar mi historia es lo que me mantiene vivo. Los años pasan y cada vez me cuesta más encontrar las palabras que describan todo lo que he pasado, el vocabulario se me empequeñece, se extingue como el mechero cuando le queda poco gas. Contar mi historia me ayuda. Un día mi memoria se habrá borrado del todo y no sabré ni mi nombre, ni el de mí...

(La cinta voz de Joaquín es interrumpida)

Lucía: Europa está vieja y olvida que está regada de sangre.

(Miguel sigue escuchando. La grabación continúa)

Miguel: Quiero ahora que me insultes.

Lucía: No te entiendo.

Miguel: Llámame hijo de puta, cabrón...

Lucía: Hijo de puta, cabrón, me cago en la leche, me cago en tus hijos, me cago en tus muertos, me cago en la virgen y en el papa, que te den por culo, puto cabrón de mierda...

Miguel: Ahora pégame.

(La grabación se interrumpe y continúa el relato de Joaquín)

Joaquín: ...vo presente, no sé si mi madre lloró o rió. Mi madre desapareció, mi abuela me contó eso. Yo tenía tres amigos.

(Miguel detiene la grabadora. Apaga una luz. Se adivina la silueta de un hombre que entra a acostarse al lado de la mujer. Algo parecido a un abuso sexual sucede. Se ve en la televisión una cámara oculta de video y se escucha la escena siguiente)

Miguel: Hola, vengo a ver la habitación.

Lucía: Pasa, adelante.

Miguel: Gracias, con permiso.

Lucía: ¿Tu nombre?

Miguel: Miguel.

Lucía: No es muy grande pero tiene buena luz. Doscientos con gastos incluidos. Incluye también la cama, el colchón, la estantería... ¿Tienes muchos libros?

Miguel: No, no tengo casi nada.

Lucía: Bueno, en realidad libros no te van a faltar, esta casa está llena... Lo que sí te pido es que si sacas uno dejes otro en su reemplazo, es que... si falta uno se cabrea. Es como que le sacaras un ladrillo de su casa. ¿Eres de dónde...?

Miguel: Soy chileno.

Lucía: Chileno... Hay un chileno que atiende en el banco. Yo pensaba que era argentino hasta que le pregunté. ¿Vienes por trabajo?

Miguel: No, estoy estudiando. Un master.

Lucía: A vosotros los sudacas os encanta venir a estudiar acá. ¿Os habéis puesto a pensar por qué no pasa lo mismo al revés?

Miguel: ¿Cómo?

Lucía: Que por qué no van españoles a estudiar a Chile.

Miguel: Porque los españoles que van a Chile van a hacer negocios. Hacen carreteras.

Lucía: No sabía lo de las carreteras.

Miguel: Son iguales a las de aquí, las mismas señales.

Lucía: ¿Por cuánto tiempo piensas quedarte aquí?

Miguel: Hasta que termine de estudiar, en septiembre.

Lucía: Bueno, ¿te gusta?

Miguel: Si tú no tienes problema, me quedo.

Lucía: Te muestro el resto de la casa.

Miguel: ¿Y tu padre?

Lucía: En realidad no es mi padre.

(El hombre mayor enciende una luz)

Joaquín: Yo nunca tuve una hija, si lo quiere saber.

(El hombre joven está revisando las estanterías. Lo sorprende el hombre mayor mientras revisa "Guerra y paz". Lo devolverá a su sitio en seguida. Luego pondrán la mesa, luego se sentarán a cenar, pero los platos y las ollas estarán vacíos sin notarlo ellos)

Joaquín: Yo no tuve hijos, ni quise tenerlos. Si no, no tendría que alquilarle una habitación. Pero sí estuve casado.

Miguel: ¿Ella era española?

Joaquín: Estuve casado y no me acuerdo de su nombre, ya le dije, los detalles superfluos no los retengo. "¿Guerra y paz"? Un libro que no volveré a leer. Quédeselo.

Miguel: Hábleme de ella, ¿dónde está?

Joaquín: Nos vinimos en la primera repatriación. Sólo casados con españoles. Pero éramos amigos, los mejores, compañeros de faena, nos habíamos visto cada día de los últimos veinte años, y ahora las leyes rusas nos unían, laicas, prácticas, imperturbables, pero ella era muy religiosa, rezaba escondida, tuve que convencerla de que, porque Dios había decidido nuestro destino, no era pecado hacer lo que hacíamos, casados pero sin bendición alguna, y ella se ponía roja, nerviosa, pero finalmente la convencí. ¿Comerá conmigo? Hice callos con chorizo... Mi abuela me esperaba con un bocadillo de chorizo, ¡y tenía más de treinta años!

Miguel: Comeré con usted, si no le molesta. ¿Le ayudo en algo, Don Joaquín?

Joaquín: Me molesta que me trate de usted, de "Don". Aquí en España sólo se les llama Don a los licenciados, y casi es una ofensa para uno de los niños de Rusia. Ponga cubiertos y platos. Cuando llegué me abracé a un árbol y sentí que estaba en mi tierra. Pero al abrazar a mi madre no sentí nada. Quiero decir a mi abuela, pero el bocadillo de chorizo... ¡Ése sí que lo sentí! Me puse a saltar de un lado a otro, mi hermana me reconoció de lejos, mi madre tenía el peinado de siempre, su pelo blanco, mi pobre abuela... mi hermana y mi hermano... mi padre se desmayó de la emoción, se abrazó a un árbol, el pobre. ¿Quiere vino? Ahora lo sirven por copa, ja... Es difícil encontrar un vino de mesa en botella, como debe ser. Esta ciudad está cambiada, este país está cambiado, quedamos pocos testigos del antes. ¿Quiere?

Miguel: Un poco, tengo que estudiar por la tarde y no quisiera que me entrara el sueño... y cuénteme... Cuénteme, Joaquín, cuénteme qué pasó con su mujer. ¿Se acostumbró?

Joaquín: Lucía no se adaptó nunca. Tan creyente, tan devota, sin embargo una mañana simplemente no llegó a desayunar.

(La mujer se sienta en la mesa con ellos, mientras Joaquín sigue comiendo su comida invisible, el hombre joven la escucha. La escena se vuelve físicamente violenta)

Lucía: Quiero tener un hijo, y no me importa si es contigo, o con el vecino. Te doy la oportunidad de que seas el padre, de que tu hijo tenga los papeles que tú no tendrás. Él lo tendrá todo, las subvenciones, la posibilidad de entrar y salir sin que le registren, sin que cada control policial le humillen, le revisen, le amedrenten. Tendrás un hijo mestizo, y ni siquiera te obligaré a darle dinero, el

gobierno español lo mantendrá. Volverás a tu país de mierda y él se quedará en el primer mundo, ganando el dinero que tú mendigas.

Miguel: No tuve hijos, ni quiero tenerlos.

Lucía: ¿A qué viniste? ¿Qué hay aquí que no encuentras en tu país?

Miguel: Vine a buscar algo que no existe, pero al querer volver, me encontré contigo.

Lucía: Hijo de puta, me cago en la leche, me cago en tus muertos, que te folle un pez que la tiene pequeña y fría, que te den, que te den, que te den, que te den.

(La escena físicamente violenta se ha calmado. De lejos se escucha un violín desafinado. Como si alguien que no sabe tocar intentara sacar sonidos de él. Parece ser el hombre mayor)

Lucía: Cuéntame historias de dictadura, quiero que me expliques la sensación de no poder salir a la calle por la noche. Cómo se perseguía a la gente, cómo se escondían en las casas de los vecinos, cuéntame de las imprentas clandestinas que imprimían panfletos llamando al pueblo a resistir, a combatir con las armas al general, cuéntame de esas mujeres que iban a encadenarse cada lunes a los tribunales, de las marchas clandestinas por el centro de tu ciudad, de las velas encendidas en los estadios.

(El violín se silencia, hay una gran pausa tensa)

Miguel: En mi país hay un pueblo donde todos ven en blanco y negro.

(Vuelve a escucharse el violín)

Miguel: Las tardes con un vaso de leche con café y una marraqueta con mantequilla... La nana escuchando radios AM, yo jugando a hacer burbujas con jabón, a mantenerlas en una hilera en el marco de la ventana. Jugando en el pasaje de barrio acomodado, jugando con el vecino que era hijo de militar, las niñas raras de la esquina, espiando a la hija del ejecutado llegar con su bolsa de lana tejida por las tardes... Acompañar a la nana a hablar por teléfono a la esquina, esperando que con lo que le sobre me compre un helado o quizás jugar a la quiniela, luego en casa espiar el armario del hermano mayor, los cajones de la madre, esperando encontrar en los bolsillos del padre algo de dinero para comprar jugo en polvo con los compañeros de clase, quizás para unas bolitas de vidrio para jugar o perderlas en el colegio particular. Y ver televisión, mucha televisión. La variada programación infantil ofrecía una variedad de cine franquista, de niños prodigio y futuras cantantes drogadictas,

versiones de Abbott y Costello con acento madrileño, y por las noches las vedettes españolas mostrando el culo y las tetas vestidas de plumas. Un falso vidente de la virgen, un atentado, un apagón, unos muertos, muchos vivos.

(El hombre joven llama por teléfono desde la misma casa)

Joaquín: Perdona, ¿busca a alguien?

Miguel: Sí, quería hablar con Joaquín.

Joaquín: No en este momento, ¿puedo ayudarle?

Miguel: Me dijeron que vive aquí.

Joaquín: La verdad es que viene de vez en cuando. Pero si le puedo ayudar en algo...

Miguel: ¿Lo conoce bien?

Joaquín: Hace muchos años, viene a veces a jugar ajedrez conmigo, es bueno.

Miguel: ¿A usted le gana?

Joaquín: Normalmente quedamos en tabla, ya debe imaginarse, con los años la cabeza... Pero es bueno.

Miguel: ¿Verdad?

Joaquín: Es bueno para ejercitarse, el pobre tiene mala memoria, los años, el Alzheimer...

Miguel: Ya veo... ¿Cree usted que vendrá hoy?

Joaquín: No lo sé, pero si puedo ayudarle en algo...

Miguel: ¿Es verdad que es un "Niño de Rusia"?

Joaquín: Sí, él estuvo en Rusia, lo envió su madre. Su hermano se quedó.

Miguel: ¿Y cuánto tiempo estuvo allá?

Joaquín: Veinticinco años. Regresó a España con su Lucía, su mujer. Lo esperaba su abuela con un bocadillo de chorizo.

(La mujer intenta preparar inyecciones que nunca le pondrá al hombre mayor, pero que dejará preparadas)

Lucía: Mientes, mientes otra vez. Tu vida una mentira, una hipocresía, un invento, una fantasía mantenida a la fuerza, eres un viejo miserable, estuviste preso, no por error sino porque dejaste huellas, aún puede verse en el tapiz de tus sillones la sangre.

Joaquín: Anda a acostarte.

Lucía: Es muy temprano papá.

Joaquín: Anda a acostarte que no son horas de andar despierta.

Lucía: Es muy temprano, no me quiero ir a acostar.

Joaquín: Mañana no te vas a poder despertar para ir al colegio.

Lucía: Mañana es sábado, papá.

Joaquín: Anda a dormir que las niñas no pueden andar despiertas a estas horas.

Lucía: ¿Volverá la mamá?

Joaquín: Volverá, ella no podrá vivir lejos de mí.

Lucía: ¿Le hiciste algo?

Joaquín: Ella se fue porque quiso. Pero volverá, no podrá vivir lejos de mí.

Lucía: Yo también me voy.

Joaquín: No te vas.

Lucía: No te soporto, estás viejo y enfermo, no puedes cuidarte solo, te meas en los pantalones, debo llevarte al médico, prepararte la comida, regarte las plantas, te odio, hiciste que la mamá se fuera.

(La mujer entra en un estado de histeria repentino, llora, comienza a golpear muebles, a lanzar libros, el hombre joven la contiene y la calma, la acariciará como a un perrito)

Miguel: Yo, en cambio, me quedaré para siempre. Éste es mi lugar, me siento tan a gusto, como si aquí hubiera nacido.

Lucía: Lo dices porque no has nacido aquí.

Miguel: ¿No lo puedes decir tú, que eres de aquí?

Lucía: Yo no soy de aquí ni de ninguna parte, hace tiempo que deberías saberlo.

Miguel: Eres de aquí, de ahora, de este momento, aquí es mis brazos.

Lucía: ¿Te quedarás? ¿De verdad?

Miguel: Escúchame: yo dejé mi país pensando en volver. Yo salí con una mochila y una maleta, repartí todas mis cosas entre mis amigos, presté mis muebles por tiempo indefinido...

Lucía: Me gustaría saber por qué viniste aquí y no a otro sitio.

Miguel: Porque sabía que te encontraría a ti.

Lucía: ¿Y el viejo? ¿Qué harás?

Miguel: Le diré que he terminado de estudiar y que regreso a mi país. Pero me iré contigo, a otro lugar.

Lucía: No puedo.

Miguel: ¿Cuántos años le quedarán? ¿Cinco? ¿Cuatro? No podemos esperar. Avisaremos a alguna agrupación que cuide de él.

Lucía: Quiero tener un hijo.

(El hombre mayor coge una inyección y se la pone. Su relato irá mermando, a gusto del intérprete, según el sedante le haga efecto. Su voz extraviada, será tomada por el hombre joven, quién comenzará a repetir el discurso de manera simultánea, y por lo tanto, lo hará suyo ante el silencio del hombre mayor)

Joaquín: Al volver, este país ya no era el mismo que dejé cuando era un niño. Mucho menos aquello que nos repitieron tantas veces en Rusia. Recuerdo que muchos llegaban hacinados en trenes, otros acicalados en medio de tanta maleta en coches diminutos, en esas circunstancias yo no dejaba de ser uno más, uno de esos buscavidas, aunque para todos siempre fui un extranjero. Vi padres de familia desorientados que lo único que buscaban era huir de la mediocridad en la que se encontraban presos en sus campos sin verjas, en sus pueblos sin cercos, escapar del hambre y la miseria era la única actitud contestataria que todavía no había sido abolida, eso sí, encontraron otros nombres como desruralización o movimientos migratorios. Mi patria recobrada no era diferente a la de ellos,

llegaban a Barcelona con esa mirada de los niños entrando en un parque de atracciones, pero al poco tiempo, tal y como cuentan las crónicas de todas las migraciones habidas y por haber, el presente era una cosa triste, nuestra ciudad no veía otro horizonte que el amasijo de chabolas de hojalata en la que nos encontrábamos metidos, cerca del mar, protegidos por Montjuïc, pocos sabían que en ese castillo se había ejecutado y torturado a miles de disidentes, no había tiempo para el recuerdo, la supervivencia del día a día era un arte y el mañana un pronombre relativo. Pasé horas buscando eruditos e idealistas en los cafés, gente leyendo a Verdaguier, ateneos, escuelas de música para trabajadores, exposiciones de Picasso, tardes que se escurrían como agua de lluvia en las cloacas, todo había sido en balde. No le había sobrevivido a la guerra ni la sombra de los monumentos de la que recordaba como mi ciudad. / Llegué a un lugar que ya no existía, sólo las notas de un viejo organillero y el olor de las flores en una esquina tramaban un delgado hilo entre mi existencia y mi yo existido. Los que llegamos perdimos demasiado tiempo en encontrarnos, hasta descubrir que nunca sabríamos quienes éramos de verdad. Unos regresaron, nunca se ambientaron a este nuevo territorio. Yo me quedé, como unos cuantos, forzando los cafés con leche y el mus de los domingos. Y al igual que todo lo demás, terminamos tan trillados, tan desorientados, convertidos en un cobertizo donde se protegen las grandes vergüenzas de nuestro siglo. A veces me olvido de donde estoy. Ja. Yo que vivo en la misma casa de siempre, me pierdo entre los flashes de las cámaras, entre las preguntas repetidas...

Miguel: Llegué a un lugar que ya no existía, sólo las notas de un viejo organillero y el olor de las flores en una esquina tramaban un delgado hilo entre mi existencia y mi yo existido. Los que llegamos perdimos demasiado tiempo en encontrarnos, hasta descubrir que nunca sabríamos quienes éramos de verdad. Unos regresaron, nunca se ambientaron a este nuevo territorio. Yo me quedé, como unos cuantos, forzando los cafés con leche y el mus de los domingos. Y al igual que todo lo demás, terminamos tan trillados, tan desorientados, convertidos en un cobertizo donde se protegen las grandes vergüenzas de nuestro siglo. A veces me olvido de donde estoy. Ja. Yo que vivo en la misma casa de siempre, me pierdo entre los flashes de las cámaras, entre las preguntas repetidas. Me gustaría encontrarme agazapado en el segundo plano de la fotografía de un turista. Caminando por la playa, al lado de un monumento, comprando la prensa de madrugada en las ramblas. Quizás mi lugar es ese, un hombre típico en la postal. Los que quedamos, todos permanecemos en el registro de una de esas estúpidas fotos, finalmente ese es nuestro papel en la historia, como en esta obra, aunque seamos anónimos protagonistas. No somos más que retratos resultado de un objetivo extraviado, o un diafragma demasiado cerrado. Retratos de expresiones distraídas, rostros cansados o

sonrisas. Retratos matinales entrando con prisa en el metro. Casi siempre desenfocados. Retratos de gente que pasaba por allí, desprovista de lo mínimo. Retratos de una sociedad interrumpida, que se expone rota, fragmentada, en medio de algo, en mitad de nada...

(El hombre mayor yace dormido o catatónico, no se mueve pero evidentemente vive)

Lucía: No es una buena persona. Eso no te lo dijo.

Miguel: ¿Por?

Lucía: Abusó de una mujer. Y desapareció.

Miguel: ¿Desapareció? No te entiendo.

Lucía: No hay más que entender. Interpretalo como puedas.

Miguel: No sé si estás jugando conmigo o eres rara.

Lucía: Soy rara, como a ti te gusta.

Miguel: Ya no estoy tan seguro de quedarme. Extraño mi país.

Lucía: ¿Tu casa?

Miguel: No tengo casa. Ni aquí ni allá.

Lucía: Así me gusta, que seas un nómada.

Miguel: En algún momento encontraré mi sitio...

Lucía: ...que no es éste.

Miguel: No.

Lucía: Es normal.

Miguel: Lo siento mucho.

Lucía: Todos lo hacen.

Miguel: Lo siento mucho.

Lucía: Al final mi existencia sólo se limita a la de él.

Miguel: Bueno, es tu padre.

Lucía: Quiero pedirte algo, antes de no volverte a ver en la vida.

Miguel: Lo que quieras.

Lucía: Mátale, por favor. Mátale y ándate a tu país.

Miguel: ¿Me estás pidiendo que mate a tu padre?

Lucía: Mátale.

Miguel: ¿Y por qué no lo haces tú?

Lucía: Mátale ya. Envenena el té que le darás esta tarde, inyéctale todos los sedantes.

Miguel: No sé...

Lucía: Por favor, hazlo por este recuerdo que me quedará de ti.

Miguel: No sé... No sé si seré capaz...

Lucía: Nadie lo sabrá, antes de marcharte... Y no vuelvas nunca.

Miguel: Lucía, me pides algo que... No sé...

Lucía: Yo me iré ahora. No me gustan las despedidas. Me daré media vuelta en diez segundos y puedes hacerlo. No volveré hasta mañana. Me iré por las calles de esta ciudad sin dueño mirando caras de desconocidos. Quizás encuentre en alguno una sonrisa verdadera.

(La mujer se da media vuelta y empieza a salir. Se detendrá ante la puerta y dirá con voz firme. Luego saldrá y el hombre joven se quedará observando al hombre mayor.)

Lucía: Una última cosa: él, en realidad, no es mi padre.

(El hombre joven duda. Observa al hombre mayor reposa sobre el sofá con los ojos abiertos, parece muerto, pero se le puede ver respirar y pestañar con claridad. Tiene la boca abierta y su cabeza cuelga sobre sus hombros, inexpresiva. Llorará, intentará acomodarle. Le acariciará las manos. Llorará más.)

Miguel: Me voy. Dejé la habitación limpia, hay unos muebles que si quiere los puede tirar. Sobre la cama está el último libro que me prestó. Dentro encontré una foto antigua. Será la foto de ella, me imagino. Es la foto de... Es la foto de su madre... Es ella, ¿verdad? He dejado té preparado en la cocina.

(El hombre joven sale, suena el teléfono y nadie lo contesta)
FIN